



PRIMERA PARTE  
 DE SEGISMUNDO  
 Y ARDENIA.

DASE CUENTA DE LOS VARIOS SUCESOS  
 que les acaecieron.

**C**Rujan los ejes celestes,  
 y la superior esfera,  
 que puebla el délfido manto,  
 de diamantinas estrellas,  
 cuya bordadura hermosa  
 inunda toda la tierra  
 de resplandores y luces,  
 dando á Flora y á Amaleta,  
 aliento porque con flores  
 vistosos pénsiles tejan,  
 y egércitos numerosos,  
 para que así contrapuestas

las estrellas y las flores,  
 en militares contiendas  
 duden todos los vivientes,  
 si equivocada la esfera  
 producen rayos las flores,  
 ó fragancia las estrellas.  
 Pero en la ocasion presente  
 vístase de nubes densas,  
 arrastre negros capuces,  
 y despoblada la tierra  
 de sus hermosos verdores,  
 abriendo funestas grietas,

aborte de sus entrañas  
las mas inauditas fieras,  
al escuchar de mi voz  
la mas enorme tragedia,  
la crueldad mas horrorosa  
que se escribe ni se cuenta,  
de mas inhumano pecho,  
de la mas ingrata fiera,  
del monstruo de la crueldad,  
con quien no hacen competencia  
ni Neron ni Diocleciano,  
ni todos los que vocea  
con trompas roncadas la fama  
de crueldades y tragedias;  
pues todos son una sombra  
con lo que dirá mi lengua,  
si és que para proseguir  
un rato atencion me prestan,  
y me concede su gracia  
la divina Omnipotencia.  
Digo pues que en la Moscovia  
nació un Príncipe, que era  
solo y único heredero  
de su corona suprema.  
Desde su primera edad  
de sus crueldades da muestras;  
aunque su padre prudente  
con magestad lo refrena;  
pero llegando á la edad  
de las juveniles fuerzas,  
corria precipitado  
de los vicios por la senda,  
siendo crueldad y rigor  
qui n dirige sus potencias.  
Pero el Rey su padre entonces,  
por ver si así lo refrena,  
trató en fin de darle estado  
con una hermosa Princesa,  
que es virtud el matrimonio,  
que ingratos vicios refrena.

Dispusiéronse las bodas  
con regocijos y fiestas,  
y ya con el nuevo estado  
de su quietud daba muestras;  
mas su corazon cruel  
siempre en su pecho reserva.  
En este tiempo su padre  
pagó el tributo que heredan  
todos los hijos de Adan,  
pasando á mejor esfera.  
Quedó Rugero reynando,  
que aqueste su nombre era,  
y en la Princesa su esposa,  
coronada ya por Reyna,  
tuvo una lucida Infanta,  
desgraciada como bella,  
pues de su parto infeliz  
murió su madre la Reyna.  
Sintió este pesar Rugero,  
y lo guardó de manera,  
que aunque de distintos reynos  
le ofrecian las Princesas,  
no quiso tomar estado:  
solo su consuelo era  
el mirar su hermosa hija,  
el ver su hermosa Princesa,  
cuya extremada hermosura  
admira, pasma y eleva.  
Llegó á edad de quince años  
nuestra bellísima Ardenia;  
y el Rey su padre dispuso  
para su dia unas fiestas  
de sortijas y torneos,  
viniéndose á hallar en ellas  
de patricios y extrangeros  
mucha copia, de manera,  
que este dia la Moscovia  
confusa belleza ostenta.  
Es el Rey mantenedor,  
y la hermosísima Ardenia

un corredor ocupaba,  
ó balcon todo de estrellas,  
tachonado y esmaltado  
de oro y finísimas piedras:  
con la copia de sus damas,  
de Cupido dulces flechas.  
El Rey entró por la plaza  
sobre un caballo, que era  
bello Pegaso de nieve,  
con jaez de fina tela,  
bordado de pedrería,  
y de finísimas perlas.  
Lleva el freno y herraduras  
del metal que Arabia engendra:  
á lo francés va vestido,  
y en el brazo izquierdo lleva  
una adarga con las armas  
de Moscovia la opulenta;  
y mas abaxo pintada  
lleva una encendida hoguera,  
que procede de cenizas,  
diciendo el mote ó la letra,  
con el nombre equivocado  
arde en cenizas la hoguera.  
Dió un paseo por la plaza  
con magestad y grandeza:  
siguen los aventureros,  
y empezada la carrera,  
oyeron de la otra parte  
otros ecos de trompetas.  
Entró en la plaza un mancebo,  
de notable gentileza,  
sobre una vistosa pia,  
tan arrogante y tan bella,  
que era el hechizo de toda  
la moscovita nobleza.  
Iba á lo úngaro vestido,  
todo bordado de perlas,  
una adarga diamantina,  
y llevaba por empresa

la diosa de la fortuna,  
y un Jóven con gentileza  
en su regazo dormido,  
y dice luego la letra:  
hijo soy de la fortuna,  
y es bien que descanse en ella.  
Pidió licencia, y entró  
con los demas en la tela,  
siendo el obgeto de todas  
las Damas y la Princesa.  
Cinco premios se llevó,  
y acabada la carrera,  
se llegó con su caballo  
al balcon de la Princesa,  
y con grande cortesía  
los cinco premios presenta.  
Ardenia los recibió,  
mas le volvió en recompensa  
su corazon abrasado,  
y herido con las saetas  
del rapaz ciego Cupido,  
que á tantos tiene en cadenas.  
Pero la rabiosa envidia  
de los naturales era  
mina ó bolcan, que con leve  
resquicio luego rebienta.  
En fin con poco motivo  
romper el seguro intentan,  
y el forastero se excusa  
con palabras muy modestas;  
mas viendo que ya parece  
cobardía, con soberbia  
echando mano á la espada,  
acometió de manera,  
que era un rayo desatado  
de la fulminante esfera.  
El Rey, que á este tiempo habia  
desocupado la tela,  
volvió á salir á la plaza,  
con que bastó su presencia,

Informóle del suceso,  
y luego mandó prendieran  
los que habian quebrantado  
de su seguro la fuerza,  
llevándose al forastero  
á palacio, donde á Ardenia  
con su vista creció el fuego  
que en su corazon alienta;  
pero su mucho recato,  
que en el bello sexô es deuda,  
precision en lo mas noble,  
y con mayor excelencia  
resaltar debe el esmalte  
entre las personas regias,  
la contiene, la acobarda,  
la tieme muda y suspensa.  
Mas no tanto, que observando  
Segismundo con prudencia  
alguna accion de los ojos  
de la bellísima Ardenia,  
no esforzase su esperanza  
con las amantes ideas  
de ser posible alcanzar  
por arte y con diligencia,  
que á su viva persuasion  
se rindiese aquella fuerza.  
Pero debió á su cordura  
que descuido pareciera  
el disimulo con que  
se manejó su prudencia.  
El Rey dixo al forastero:  
de qué patria ó de qué tierra  
eres, dime, ó qué fortuna  
te ha traído á aquesta tierra?  
El, cortés y agradecido,  
le dice de esta manera:  
es mi nombre Segismundo,  
nací en Ungría la bella,  
soy segundo de mi casa,

que es de notoria nobleza,  
y por precisos motivos  
dexar á Ungría fue fuerza,  
y seguir del fuerte Marte  
las militares banderas.  
Teniendo, Señor, noticia  
de aquestas célebres fiestas,  
de curiosidad movido,  
me he venido á hallar en ellas;  
perdóname, si he ofendido  
tu magestad y grandeza.  
Ofenderme? por qué causa?  
antes decirte quisiera  
que en Moscovia te quedases  
á expensas de mi grandeza,  
y pide lo que quisieres,  
que tu urbanidad me empeña.  
Hincó al punto la rodilla,  
y dixo: Señor, pues sea,  
que concedais el perdon  
á los que presos se encuentran.  
El Rey le dixo: esa accion  
acredita la nobleza.  
Digo que yo los perdono,  
y que descansar es fuerza.  
Quedóse en fin en palacio,  
cumpliendo con tal prudencia,  
con tal acierto y cordura,  
en todas las dependencias,  
que era el archivo del Rey,  
y Atlante de su grandeza,  
su Consejero mayor,  
amado de la Nobleza,  
respetado de la plebe  
y temido de la tierra.  
A donde lo dexaremos  
en esta parte primera,  
ofreciendo la segunda  
de esta historia verdadera.

F I N.

Valencia: Imprenta de Laborda, calle de la Bolseria, núm. 18.



## SEGUNDA PARTE DEL FIN DESGRACIADO DE SEGISMUNDO Y ARDENIA.

**D**exé en la primera parte  
con magestad y grandeza  
al heroyco Segismundo  
en su privanza, que era  
en la Moscovia estimado  
por su virtud y prudencia.  
Dexémosle en el gobierno,  
y vamos á la Princesa,  
que abrasada en vivas llamas,  
de esta manera se queixa:  
qué es esto, desdicha mia,  
qué es esto que me atormenta?  
No soy Ardenia? no soy  
de la Moscovia heredera?  
No aspiran á mi hermosura,  
á mi corona y grandeza,  
tanto Príncipe de Europa,  
sin que ninguno merezca  
en mi pecho ó mi memoria  
un átomo de fineza?  
qué es fineza? ni aun agrado,  
ni cosa que menos sea.  
Pues como un advenedizo,  
de lejas y extrañas tierras,  
ha rendido de mi pecho  
la incontrastable soberbia?  
Mas ay de mí! su valor,  
su discrecion, su agudeza,  
su persona, compostura,  
brijo, talle y gentileza,  
asaltando el corazon,  
no fue mucho se rindiera  
á tan valientes soldados,  
quando por caudillo llevan

al amor. Pero qué digo!  
vuelva la voz, vuelva, vuelva  
á las cárceles del pecho,  
y aprisionada en cadenas,  
muera en perpétuo silencio:  
y para que mejor pueda  
vengarme de este tirano,  
ciego dios que me atormenta,  
yo misma he de dar remedio  
á tan tirana potencia.  
Con esta resolucion,  
con notable ligereza  
al quarto del Rey su padre  
partió, postrándose en tierra.  
El padre la recibió,  
y dice: querida Ardenia,  
parece que tu semblante  
de algun pesar me da muestras.  
Ella responde: señor,  
lo que mi pesar alienta,  
es ver que todo tu reyno  
te murmura, de que pueda  
en tí tanto la pasion,  
que á un extrangero le entregas  
lo mejor de tu privanza;  
de que quejosos se muestran  
los Príncipes y Señores,  
Atlantes de tu grandeza.  
El Rey, dixo: no prosigas;  
y porque tu enojo veas  
que procede, por faltarte  
noticia de quién él sea,  
desde hoy quiero que te asista,  
y así hablará la experiencia.

Despidióla, y al instante  
á Segismundo le ordena,  
que mayordomo y criado  
vaya á ser de la Princesa.  
Obedeció Segismundo,  
y fue á verse con Ardenia,  
diciendo: Señora mia,  
el Rey vuestro padre ordena,  
para mayor dicha mia,  
que yo asista á vuestra Alteza.  
Ardenia quedó turbada  
sin poder darle respuesta,  
batallando á un mismo tiempo  
el amor y la vergüenza.  
Mas como siempre el amor  
imposibles atropella,  
del castillo del recato  
rompió las cerradas puertas,  
pues dentro de pocos dias  
llegó á declararse Ardenia,  
y Segismundo tambien,  
creyendo de esta manera,  
recíprocamente unidos,  
que eran sus pechos dos etnas.  
Por mitigar tanto ardor,  
entre los dos se conciertan  
el casarse de secreto,  
y de esta suerte lo ordenan.  
Dispusieron una caza,  
y que se perdiera en ella  
Ardenia, y con Segismundo  
se juntase, dando cuenta  
á un leal criado suyo,  
para que él lo dispusiera.  
Perdióse en fin, y el criado  
la llevó con gran presteza  
donde la espera su amante;  
y así que con él la dexa,  
á una aldea alli vecina  
fue, y al Cura le amonesta,

que viniese á socorrer  
(porque un alma no se pierda)  
á un Caballero, que allí  
dexó herido en la floresta.  
Dióle en fin unos escudos,  
y partió con ligereza  
donde estaba Segismundo,  
fingiendo sobre la tierra  
el que estaba mal herido,  
y con lágrimas Ardenia.  
Así que llegó, le dice:  
Padre mio, yo quisiera,  
porque á esa Dama le debo  
obligacion verdadera,  
viendo mi último trance,  
el desposarme con ella.  
Eso me parece bien,  
dixo, y al punto les echa  
la bendicion, y casólos.  
Entonces le dixo Ardenia:  
tomad, Padre, esos doblones,  
y volvereis á la aldea  
á traer gente, y llevar  
á mi esposo, por si espera  
tener remedio su vida.  
Con notable diligencia  
se partió el bueno del Cura,  
y ellos al punto se ausentan.  
Se volvieron á Moscovia,  
gozosos de tal empresa;  
pero la cruel fortuna  
en breve se les revela:  
y fue el caso que á Moscovia,  
con sus cartas de creencia,  
llegaron Embaxadores  
de Prusia, que á la Princesa  
la pedian por esposa  
del Príncipe de su tierra;  
y de aquesta pretension  
á la Princesa dió cuenta

el Rey su padre, y turbada,  
deshecha en lágrimas tiernas,  
á su padre le responde,  
que no ha de dexar su tierra,  
pues saliendo de Moscovia,  
seria su muerte cierta.  
Pero en aquesta ocasion  
suspendió esta diligencia,  
porque al Rey vino noticia  
de como se le rebela  
con unos fieros tumultos  
una ciudad, y fue fuerza  
el ir el Rey en persona,  
y mientras que daba vuelta,  
nombró por Gobernador  
á Segismundo, y apenas  
el Rey salió de la corte,  
viendo su desdicha cierta,  
dispusieron que la fuga  
fuese el remedio á su pena.  
Recogieron muchas joyas  
de oro y plata, y dando cuenta  
tan solamente á Violante,  
que era ama de la Princesa,  
al fiel criado, y tambien  
á una principal doncella,  
se aperciben á la fuga,  
lográndola de manera,  
que á la gran ciudad de Praga  
llegaron con ligereza,  
donde estos tiernos amantes  
se echan á los pies del César.  
El César les prometió  
el ampararlos, y hospeda  
conforme á su calidad,  
con magnífica grandeza.  
Pero vamos á Moscovia,  
que así que el Rey dió la vuelta,  
sosegados los tumultos,  
y oyó la infelice nueva,

no hay tigre, no hay leon fiero,  
que se iguale á su fiereza.  
Echa rayos por los ojos,  
brotando ardientes centellas:  
y aunque el César procuró  
sosegar llama tan fiera,  
con otros Príncipes grandes,  
no valió su diligencia,  
en espacio de ocho años,  
en los cuales la Princesa  
tuvo dos bellos Infantes,  
retratos de su belleza.  
De todo tiene noticia  
el Rey, y mas se desvela  
aquel cruel corazon  
á su venganza sangrienta.  
Maquinó una alevosía,  
la mas enorme y soberbia,  
y fue fingir que sentia  
la ausencia de la Princesa,  
y de sus queridos nietos,  
vertiendo lágrimas tiernas.  
Mas ó fiero cocodrilo,  
quién tus lágrimas creyera!  
Con este mentido engaño,  
volviendo á escribir el César,  
y los Príncipes amigos,  
les permitió que volvieran,  
y para mas disimulo,  
envió muchas preseas  
de joyas y de dineros,  
mandando en todas sus tierras  
los reciban con aplausos,  
con regocijos y fiestas.  
Llegan en fin á Moscovia,  
y á recibirlos se apresta,  
abrazando á Segismundo,  
á sus nietos y Princesa,  
hizo muchos regocijos  
toda la Corte y Nobleza.

Y pasados pocos dias,  
le mandó á decir á Ardenia,  
que le enviase los niños,  
para que lo divinieran.  
Llevólos en fin el ama,  
con el criado y doncella,  
los cómplices en la fuga:  
y llegando á su presencia,  
aquel sangriento leon  
previno con ira fiera  
unos crueles verdugos,  
y sin tener resistencia,  
cogió los tiernos infantes,  
y con sus manos sangrientas  
les dió muchas puñaladas,  
sin atender á las quejas  
de aquellos ángeles bellos,  
que dicen con voces tiernas,  
y con doloroso llanto:  
abuelo mio, clemencia!  
por qué nos matas, por qué?  
qué te hizo nuestra inocencia?  
Pero él mas que fiera horrible,  
de sus heridas sangrientas  
bebe la inocente sangre,  
diciendo: esta me refresca  
los ardores de la ira,  
que mi pecho cruel engendra.  
Entre tanto los verdugos  
al ama y á la doncella,  
y al criado dan garrote:  
Jesus: qué cruel sentencia!  
Puso los cinco difuntos  
en una sala: y ordena,  
que llamen á Segismundo,  
que ignora traicion tan fiera.  
Por la senda de la muerte  
llegó con planta ligera;  
pero entrando por la sala,  
y mirando tal tragedia,

á eclipse toca su vista,  
y el corazon titubea.  
Al instante lo agarraron,  
porque no se resistiera,  
y el Rey con sus propias manos  
le dió la muerte violenta.  
A Ardenia mandó llamar,  
y llegando á su presencia,  
duda lo mismo que mira,  
teme lo mismo que observa.  
Allí ve á su esposo muerto,  
alí á sus hijos lamenta:  
no sabe cuál es mayor,  
una pena ú otra pena;  
no puede hablar ni llorar,  
que embargadas las potencias,  
impide el llanto á los ojos,  
la voz impide á la lengua.  
Hab'óle el Rey cariñoso,  
y dixo: querida Ardenia,  
sola tú quiero que reynes,  
que eres de mi sangre mesma.  
Oyendo aquestas razones,  
se enfureció tanto Ardenia,  
que con el mismo puñal  
que tiene en la cinta, fiera  
le dice: padre traydor,  
así pagarás mi ofensa.  
Y con presteza no vista  
le dió una herida funesta,  
que el cuerpo quedó sin alma;  
y atrevida ya y resuelta,  
mirando á su esposo, dice:  
pues Segismundo se ostenta  
en mejor imperio, es bien  
el que con él muera Ardenia.  
Y en el cristal de su pecho  
á la muerte le abrió puerta,  
para que en el mundo sirva  
de escarmiento y advertencia.